

Tiempo de mirar al cielo

JOSEP OTÓN

El cielo, el mar, el horizonte... todo cuanto nos excede nos invita a contemplar, a otear con admiración y asombro. No basta con ser un buen observador que hace acopio de datos. Hay que dejarse llevar por la mirada, sobrecogerse por la emoción, sorprenderse por el pensamiento.

El verano es tiempo de descanso, de renunciar temporalmente a la eficacia inmediata, de ampliar horizontes, ensanchar expectativas, agrandar nuestro mundo que, en lo cotidiano, tiende a encogerse.

El verano es una oportunidad para romper rutinas, replantear esquemas, emprender caminos nuevos. Es una buena ocasión para mirar al cielo. Su nitidez es mayor que en otras estaciones. Es el momento de dejarnos embeber por su belleza, desafiar por su inmensidad, liberar por su inmaterialidad. Aferrados a la tierra, añoramos lo intangible. Sólidamente instalados en nuestra identidad, sentimos nostalgia de lo infinito. No nos basta con ser quienes somos, ansiamos volar, desasirnos de nuestros agarraderos, soltar lastres y elevarnos por encima de nuestra limitada realidad.

Contemplar el cielo despierta el fondo sin fondo de nuestro interior. Su transparencia evoca el abismo insondable que nos habita. Su enormidad, la grandeza de la condición humana a pesar de sus muchas bajezas.

Verano es tiempo de vacaciones -literalmente, de vacuidad-, un vacío que nos invita a expurgar tantos estorbos parasitados en nuestro espíritu y a redescubrir nuestra esencia más auténtica. Asistir con la mente abierta al espectáculo que el cielo nos ofrece es un ejercicio eficaz para acometer una tarea de tal envergadura. *

